

# EN DEFENSA DEL PUEBLO.

## Derrribados los hombres hay que acabar con su obra.

Han caído el General Díaz, que tuvo monopolizada la silla dorada treinta años; el partido científico, que absorbió los grandes negocios— los sí de oro muelo;— don Miguel Martínez que se quedó hasta las vértebras; don Justino Fernández, que hizo acopio de ciudades en el ramo de Justicia; y don Justo Sierra que congregó á su lado á todos los puntos prominentes.

Los hombres han caído; pero quedan sus obras. Los grandes financieros se han marchado, pero dejando en pie sus grandes empresas, sus concesiones leoninas en que se explora el Tesoro Público ó se hunde en la miseria al pueblo. Si esto no hubiera de remediar nada representaría la revolución, sino un cambio de hombres en los altos puestos; ningún bien nos habría aportado. La libertad política, dejando vivas las fuentes de daños anteriores, nada significará para las clases menesterosas, mientras sus individuos se sientan con el estómago vacío y sepan que lo deben á la extorsión de los tirrones del dólar.

Como se reparten las cargas del Estado, hay que distribuir los beneficios, hacer efectiva la máxima de todos (los ciudadanos) para uno (el gobierno,) y uno para todos.

Se han señalado ya dos ó tres de los males más graves que atormentan á la gente pobre: la falta de equidad en los impuestos sobre las propiedades rurales; la acumulación de empleos. Lo primero atañe principalmente á los jornaleros; lo último á la clase media. Pero como con muchos los favorecidos, no cabe el calificativo de «monopolio.» Es de esperar, sin embargo, que se

fracelonen las enormes haciendas de los Terrazas, Iturbes, Ribas y Noriega; y que el Dr. Lacedaga, los señores Castelló y Castellot, y otros muchos, renunciarán los varios cargos que desempeñan y opten por uno solo, si para algo sirven en efecto, como creemos, siendo justos.

Pero surge ahora un problema muy grave, que, en algunos casos, sin embargo, puede resolverse simplemente con una resolución administrativa, con la reforma del Arancel de Aduanas, ó con una declaración diplomática: la anulación de las grandes concesiones, de los excesivos privilegios. Contra éstos, que mantienen al pueblo sin instrucción, sin alimentos, sin alumbrado, ni paseos, ni diversiones, sin nada, en fin, de lo que pueda hacer más llevadera su vida y que le otorgan en gran medida las naciones civilizadas; contra esos privilegios levantaremos nuestra voz.

Citaremos algunas de las empresas que en tal concepto, perjudican al público, comparadas en excepciones, contratos, indulgencias y permisos especiales:

El Banco Central y la Compañía Bancaria, con sus ruidosos negocios de pavimentos y otras Obras Públicas, V. G. las de Puebla.

El Banco Nacional; sus colosales y pequeñas operaciones con el gobierno.

La protección al papel que ha establecido las industrias tipográficas, litográficas, etc., y sirve de remora al comercio y á la instrucción pública.

El tratado de propiedad literaria con Es-

paña por la misma razón. Además ni favorece á nuestros escritores y autores; encarece los espectáculos públicos y es una amenaza contra los editores mexicanos.

Los tranvías, que deben rebajar sus tarifas á 5 y 10 centavos, ya que recorren distancias tan cortas, pagan tan mal á sus empleados, no satisfacen impuestos y disponen de fuerza barata. No ayudan á la creación de nuevas colonias ni cooperan á la enseñanza pública con rebaja en los pasajes para los niños que asisten á las escuelas elementales.

La luz eléctrica, tan cara y tan mala; contra la cual hay tantas quejas y que llenan tantas tarifas distintas.

La Compañía Expendidora de Pulques, que los ha encarecido, sin mejorarlos de calidad; que ha dejado sus asquerosos expendios, cada vez más veloces ó insalubres; que ha realizado gigantescas ganancias.

Los autotaxímetros, importados sin pagar derechos, según parece, que pagan muy corta contribución ó no pagan nada y cobran tan altas cuotas.

Y muchos otros privilegios que iremos anotando para analizarlos: Telégrafos, Herrereros de educación, contratistas de vestuario, millonarios que se han adoderado de las más importantes legaciones mexicanas, en el Extranjero, etc., etc.

Urge más remediar esto que cambiar de grafiados escribientes de oficinas públicas por enemistad de los jefes, ó jefes de las mismas por intriga de los subalternos y para protección de whifados, como se ha hecho hasta ahora.

## El triunfo de la revolución es del pueblo y debe ser para el pueblo.

Tenimos ejemplo en nuestro pasado histórico de revoluciones de todos géneros. Conocíamos las revoluciones engendradas por los partidos conservadores con la fuerza de su oro y de sus predicaciones en el púlpito; conocíamos las revoluciones militares hechas al amparo de un prestigio militar y rematadas por el clásico cuartelazo; pero no conocíamos la revolución eminentemente popular hecha por el pueblo y para el pueblo.

La presente revolución propagada en toda la República en unos cuantos meses, es el único ejemplo que registra nuestra historia de una revolución hecha por el pueblo sin el elemento militar, y sin embargo, inmensamente fuerte y arrolladora, tanto, que su triunfo ha sido inmediato, y aun no se extinguen sus últimos disparos cuando ya el viejo sistema dictatorial que reputábamos invencible, ha caído por tierra con todo el estruendo con que se derrumban las ruinas gigantes y vetustas.

Y por ser la revolución eminentemente popular, su triunfo es del pueblo. Porque él le ha dado vida con su sangre y alimentos con sus simpatías. Las filas de los revolucionarios estaban llenas del labrador que trocó el arado por el fusil, eran turbas de desheredados, hombres rudos y fuertes, salidos de los campos y los talleres que iban á la conquista de un ideal. Y sus jefes eran como ellos, hombres rudos, pero sin cereos, que habían oído las predicaciones libertarias, y que con una fé infinita, abandonaban sus familias, quizá en la miseria, para lanzarse á la lucha, en la que, justo es decirlo, esperaban como los primeros soldados de la independencia encontrar una muerte cierta. Hombres en fin que de seguro no llegaron á ver ni remotamente la hora del triunfo.

Y su fé y su sinceridad y su desinterés y la pureza del ideal que los guiaba, les proclamaba el hecho cierto, indudable, evidente, de que ninguno esperaba que la causa, que suponían só-

lo de inflación, triunfara. Por el contrario, desde que se lanzaron á la pelea con su carabina y su ideal á cuestas, por las interminables estepas desoladoras de Chihuahua, sabían que en la primera encarnizada podía barrerlos hacia los abismos de la muerte la mortalla federal, ó el mortífero fuego de los cañones de ochenta milímetros comprados á su propia costa.

Pero en los pueblos por donde pasaban los revolucionarios, la piedad fraternal de sus hermanos no tenía sus saqueos y les brindaba los alimentos y bebidas que sus largas jornadas apetecían; era la simpatía popular que los alentaba. Llegaban las fuerzas federales igualmente exhaustas y sedientas, con los uniformes desgarrados y una inmensa tristeza en el fondo de las obscuras pupilas, y las puertas se cerraban, y los alimentos desaparecían y aquella caravana tenía que continuar su marcha, ante las hoces miradas de todos, por las interminables estepas,

(Sigue en la página 14)